

Mujeres, Militantes y Movilизaciones Políticas en el Movimiento Estudiantil Nicaragüense en los Años 70 ^(*)

Barbara Kritt ^()*

RESUMEN

La participación de masas de mujeres en el movimiento antisomocista en Nicaragua en los años 70 no tuvo precedentes en la historia de los movimientos revolucionarios en América Latina.

El movimiento estudiantil fue un área en que la participación de las mujeres fue notable. Este estudio examina cómo el género influencia los distintos caminos de la participación y radicalización en que mujeres y hombres en el movimiento estudiantil.

Palabras clave:

Movimiento Estudiantil, Nicaragua, género, participación

ABSTRACT

The mass participation of women in the anti-Somocista movement in Nicaragua in the 1970s was unprecedented in the history of Latin American revolutionary movements. The student movement was one notable arena of women's participation. This study examines how gender influenced the distinct paths of participation and radicalization in which women and men came to participate in the student movement.

Key Terms:

Student, movements, gender, participation, Nicaragua

(*) Candidata a Doctora en el Departamento de Sociología en la Universidad de Michigan Ann Arbor E.E.U.U.

En los años 70 los movimientos sociales populares emergieron como una forma de expresión política y vanguardizaron la política revolucionaria en toda Centro América. La participación de masas de mujeres - sin precedentes- en el movimiento antisomocista en Nicaragua refleja esta tendencia general de participación popular. Como Patricia Flynn (1980), Norma Chinchilla (1983) y otras lo han notado, para 1979 un estimado del 30% de los combatientes sandinistas eran mujeres y durante la insurrección final cuatro de los siete comandantes del Frente Occidental (León) eran mujeres. Aparte de pocas notables excepciones, la mayoría de las discusiones sobre la participación de las mujeres en Nicaragua se enfocan típicamente ya sea en algunas de las muchas notables mujeres combatientes o en la formación organizativa de AMPRONAC (Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional) organizada en 1977 por cuadros del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). No obstante, las mujeres estaban activas en el movimiento de oposición tanto en el área rural como urbana, en un número importante y en significativos roles mucho antes de la fundación de AMPRONAC.

El movimiento estudiantil fue un área en que la participación de las mujeres fue notable. Este trabajo presentará algunos datos iniciales que son parte de un estudio más profundo de la organización, movilización y radicalización del movimiento estudiantil universitario Ni-

caragüense en los años 1970. A lo largo de los 45 años de régimen dictatorial en Nicaragua, los estudiantes jugaron un importante rol de agitación y oposición. Al comienzo de los 70 emergió una nueva generación de estudiantes dentro del movimiento de oposición. Con las elecciones del gobierno estudiantil universitario en 1969, la plataforma estudiantil reformista fue reemplazada por una de izquierda, revolucionaria. El Frente Estudiantil Revolucionario (FER), el grupo estudiantil sandinista a nivel universitario, se convirtió en la voz predominante de las universidades y la fuerza líder en la emergencia y en la unificación del movimiento popular de oposición. El movimiento estudiantil, particularmente el FER y el Movimiento Cristiano Revolucionario, fueron la fuerza intermedia clave entre el FSLN y la población en general y la mayor fuente de reclutamiento de combatientes para la lucha armada. En este trabajo voy a examinar como el género influencia los distintos cursos de la participación y radicalización, concentrándome en la forma en que mujeres y hombres vienen a participar en el movimiento estudiantil. En un futuro trabajo examinaré las dinámicas internas de la estructura del movimiento, y como el género influencia el curso y el carácter del movimiento y sus resultados. En este, como en el estudio más profundo, voy a basar mis argumentos sobre dos corrientes principales en la literatura de los movimientos sociales: en la literatura sociológica de los

movimientos sociales y en la literatura de la participación política de las mujeres, particularmente en los movimientos revolucionarios.

CORRIENTES SOCIOLÓGICAS SOBRE MOVIMIEN- TOS SOCIALES

De la reevaluación de las teorías tradicionales de los movimientos sociales que siguieron el conflicto político de los años 1960 y 1970, emergieron las teorías de movilización de recursos (McCarthy y Zald, 1973, 1977) y de procesos políticos (Gamson, 1975; Tilly, 1978). En contraste con teorías previas que veían los movimientos sociales como una forma de "comportamiento colectivo" que opera primordialmente a nivel psico-social, las teorías de movilización de recursos y de procesos políticos, asumen que los movimientos son una forma de acción política racional y que frustraciones, injusticia, y descontento están siempre presentes y por lo tanto son insuficientes para explicar la actividad del movimiento social. Para explicar las dinámicas de la acción colectiva, estas teorías se enfocan en las capacidades organizativas, los procesos de movilización, la disponibilidad de recursos y las estructuras de oportunidades políticas. Ellos comparten la asunción básica de que la acción colectiva es el proceso deliberado mediante el cual grupos desafiantes establecen y mantienen control sobre los recursos en la búsqueda de intereses comunes en la contienda con sus adversarios. Ellos ven la actividad del movimiento social

como una forma de operación política de masas, de acuerdo a teorías sobre procesos políticos, fuera de canales de decisión establecidos o "simplemente política por otros medios."

MUJERES EN LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS

Patricia Flynn, 1980; (Susan Ramirez-Horton, 1982); Norma Chinchilla (1983); (Maxine Molyneux, 1985); Linda Lobao, 1990; y otras más, han analizado los factores que contribuyen al incremento en la participación de las mujeres en los movimientos revolucionarios de Latinoamérica en los años 1970. Estos factores incluyen: a. el impacto del movimiento internacional de mujeres, la experiencia de las mujeres en Cuba y la participación revolucionaria de las mujeres en países del tercer mundo; b. las contradicciones y cambios en la posición de las mujeres dentro de la estructura social de estos países; c. las condiciones internas organizativas de los movimientos revolucionarios, y en particular dentro del FSLN, el cual de inmediato ejecutó políticas relacionadas a asuntos de bienestar social a lo cual Maxine Molyneux se refiere como "intereses prácticos de género," también como la meta a largo plazo para terminar con la opresión de género, lo que ella llama "intereses estratégicos de género" y d. el cambio de las tendencias de la lucha revolucionaria en los años 1970, de un modelo foquista de guerra de guerrillas a un modelo basado en la gradual organización de todos los

sectores populares. Este cambio de estrategia hacia el desarrollo de organizaciones de masas como la base de apoyo para el movimiento, proveyó no solamente más oportunidades para la participación de las mujeres, sino también más oportunidades para la participación de todos. Además, ésto condujo a un movimiento caracterizado por la abundancia de activos y potenciales líderes salidos de la gente común y, por lo tanto, un movimiento menos vulnerable a ser eliminado por la prisión o muerte de unas pocas personalidades claves.

GÉNERO Y TRAYECTORIAS POLÍTICAS

La literatura sobre procesos políticos y la movilización de recursos, y sobre la participación política de las mujeres puede explicar mucho acerca de la dinámica de acción política colectiva y las causas y carácter de la protesta, la insurrección o la revolución. Sin embargo, ésta no enfoca adecuadamente la naturaleza de la conexión que existe entre condiciones estructurales y procesos de movilización por un lado, y la acción individual por el otro. Ellas no explican como, en el contexto de la contienda, participantes y potenciales participantes construyen y reconstruyen el sentido colectivo de eventos, las definiciones de los problemas y reivindicaciones, las identidades políticas, los compromisos para la acción y la definición de un apropiado y efectivo curso para esa acción.

Yo propongo que la clave para el entendimiento del cómo y por

qué los individuos se politizan, desarrollan identidades y compromisos políticos, participan en acciones políticas de forma colectiva, se movilizan casualmente o formalmente en organizaciones políticas y algunos, en unidades de combate, es lo que llamaré "trayectorias políticas." Representando la intersección de la biografía personal y la historia nacional, estas trayectorias pueden verse como el curso de vida de los individuos atada a relaciones o redes sociales y organizativas. Estas redes desempeñan un importante papel en términos del acceso, control y transmisión de los recursos culturales, así como materiales, cruciales para el desarrollo de las actividades del movimiento social. A través de estas trayectorias, aspectos relevantes para el movimiento—como definiciones y sentido de los problemas y acontecimientos, identidades políticas, compromisos y acción—son construidos, transmitidos y reconstruidos por y para los participantes y participantes potenciales. A través de estas trayectorias los recursos materiales son también canalizados, distribuidos y movilizadas. Por lo tanto, diferentes trayectorias políticas implican diferentes oportunidades para ir desarrollando y forjando el repertorio político personal y colectivo.

Mi trabajo está basado en entrevistas intensivas que realicé con 80 antiguos estudiantes universitarios activistas y combatientes así como con algunos antiguos estudiantes que se mantuvieron al margen del movimiento. Virtualmente todos estos estudiantes ingresaron por pri-

mera vez a la universidad entre los años 1970 y 1977. Veintiocho de ellos (12 mujeres y 16 hombres) pasaron a ser combatientes (antes de la masiva movilización de la insurrección de Septiembre de 1978).

ANTECEDENTES DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL.

Primero proporcionaré algunos datos sobre los antecedentes del movimiento estudiantil: En los años 70, las universidades fueron para el movimiento de oposición, centros claves de organización y movilización. La autonomía universitaria, ganada en 1958, proveyó el espacio tanto político como físico para el desarrollo de la actividad del movimiento estudiantil. Con la victoria electoral de los estudiantes sandinistas en las elecciones del gobierno estudiantil universitario de 1969, el CUUN (Centro Universitario de la Universidad Nacional) procuró un canal legal y político de promoción de la agenda revolucionaria, edificando una fuerza organizativa y movilizando a la población estudiantil alrededor de las campañas en la universidad y alrededor de las candentes protestas por el creciente descontento popular dentro de la población en general.

Al comienzo de los 70, la actividad política estudiantil estuvo concentrada alrededor de la campaña para incrementar la asignación presupuestaria del gobierno para las universidades, de un 2% a un 6% de el presupuesto nacional; dio apoyo activo a las muchas huelgas de maestros, trabajadores

de la construcción y en otras campañas; realizó manifestaciones contra las severas condiciones económicas de vida tales como el alza del precio de la leche, del transporte, y otras necesidades diarias básicas. Quizás más notable fue la protesta contra la represión gubernamental y en apoyo a los prisioneros políticos del movimiento de oposición, primordialmente a prisioneros políticos sandinistas. Los estudiantes de secundaria también fueron cada vez más tomando parte en campañas de oposición y confrontaciones que fueron a menudo, pero no siempre, orientadas por los estudiantes universitarios. Durante este periodo, a principios y a mediados de los '70, los estudiantes empezaron a identificarse a sí mismos como clase, o sector social, cuyo carácter era esencialmente revolucionario. Fue muy popular en Nicaragua durante esta época la frase de Salvador Allende que dice: "ser joven y no ser revolucionario es hasta una contradicción biológica." Carlos Vilas (1984) ha estimado que en la insurrección final, los estudiantes constituyeron el sector social individual más grande, con casi un 30% de todos los participantes.

GÉNERO Y PARTICIPACIÓN.

La mayoría de los estudiantes universitarios de esta investigación crecieron ya sea en las ciudades de Managua o en León, los dos centros universitarios de Nicaragua. Tanto las mujeres como los hombres provienen de similares y relativamente privilegiados sectores sociales. Cer-

ca de la mitad de sus madres trabajaban fuera de la casa, típicamente como pequeñas comerciantes, maestras, o en otras posiciones similares. Los padres fueron gentes de oficio (carpinteros, mecánicos, dueños de pequeños talleres, etcétera), trabajadores de oficinas, técnicos, maestros y profesionales.

Más de un tercio de ambos, tanto las mujeres (70.9%) como los hombres (73.7%), asistieron a escuelas religiosas en primaria y/o en secundaria. Esto no debe sorprender, pues, las escuelas privadas religiosas proveían la educación de más alta calidad así como a los más altos precios. Como asistir a la universidad fue una oportunidad privilegiada, debe suponerse que la educación primaria y secundaria de los estudiantes universitarios son un reflejo también de esa posición privilegiada.

Para los inicios de los años 70, los estudiantes nicaragüenses y la población en general no necesitaron depender de la propaganda sandinista para formularse negativas impresiones de Somoza y su guardia nacional. La oposición legal a Somoza era fuerte, el descontento social era generalizado, la represión estatal se estaba incrementando fuertemente y la corrupción era desenfrenada. Aún jóvenes estudiantes provenientes de familias con relativos privilegios, como aquellos que tenían la posibilidad de asistir a la universidad, y aún aquellos de familias no involucradas en política, tuvieron oportunidad de atestiguar la represión en las calles, de leer propaganda opositora, de ob-

servar marchas de la oposición y de escuchar conversaciones sobre las actuales condiciones económicas y políticas del país de ese entonces.

Pero fue típicamente en la escuela que éstos tuvieron su primer contacto *directo* con formas organizadas de oposición. Algunos llegaron a organizarse y unirse a las campañas estudiantiles en apoyo a las huelgas de maestros. También fue común que estudiantes activistas universitarios llegaran a escuelas públicas, usualmente sin el explícito consentimiento de las autoridades de la escuela, a hablar con una clase, a distribuir propaganda y a invitar a estudiantes más jóvenes a participar en manifestaciones y en otras actividades. En las escuelas religiosas los estudiantes se asomaban a asuntos relacionados con la justicia social a través de clases de reflexión cristiana, proyectos de servicio comunal durante los fines de semana en algunos de los barrios más pobres de la ciudad y retiros espirituales patrocinados por la escuela.

El trabajo en los barrios pobres fue quizás lo que dejó la más fuerte huella. En muchos casos, esta fue la primera vez que estos estudiantes se enfrentaban cara a cara con el analfabetismo, la vivienda inadecuada, la insalubridad y otras condiciones de vida de las mayorías. Los retiros espirituales que típicamente se concentraban en la lectura y reflexión del compromiso cristiano de servicio a los pobres y sobre asuntos humanitarios, proveyó un marco teórico que dio significado

a las condiciones de vida de los barrios pobres.

Una mujer activista explicó su experiencia de la siguiente manera:

"Creo yo que fue, para lo que era la conciencia de un muchacho de 12, 13 años formado como, pues, ... como cristiano, bastante chocante porque era encontrarse con la desigualdad de una manera dolorosa, porque nosotros no teníamos ninguno de esos problemas y nos habían formado, digamos, en lo que sería el cristianismo humanitario. Y vimos éso y nos golpeó, pienso yo, a la mayoría. Coincidiendo con eso, un grupo de jesuitas estuvieron haciendo retiros espirituales para los jóvenes cristianos de los colegios y el colegio mío nos hizo participar como una rutina."

La entrevistada sigue:

"Entonces lo que primero tuvimos fue un sentimiento de oposición a la injusticia, a la desigualdad y posteriormente eso se fue convirtiendo realmente ya en una actitud política en contra de Somoza que era un dictador y que aparecía como el principal representante de ese sistema que a nosotros nos causaba no solo dolor sino también repugnancia y nos violentaba. Pero hasta este momento la mayoría de nosotros era gente pacifista, estábamos a favor de una lucha de huelgas, movilizaciones, tomas de iglesia, huelgas de hambre, pero no estábamos a favor de la lucha armada."

La mayoría, tanto de mujeres y como de hombres, participaron por primera vez en actividades políticas colectivas antisomocistas

cuando aún estaban en la escuela secundaria. Pero las mujeres estuvieron considerablemente más inclinadas que los hombres a unirse a una primera organización cuando aún estaban en la escuela secundaria. Como las asociaciones sandinistas de estudiantes de secundaria no existían, no sabríamos decir, si fue por preferencia

Aunque estas mujeres no tenían las responsabilidades familiares y del hogar típicas de mujeres menos privilegiadas pues eran solteras, aún sin niños y con posibilidad de asistir a la universidad inmediatamente después de la secundaria, todavía estaban sujetas a las patriarcales actitudes tradicionales y a la presión familiar y social por mostrar un comportamiento adecuado considerado propio de muchachas y mujeres. Mientras que de los muchachos se esperaba que sobresalieran en actividades desarrolladas fuera de la casa, a las muchachas y mujeres usualmente ésto no les era permitido. No obstante, el formar parte de un grupo, particularmente de un grupo cristiano, daba a las mujeres una razón socialmente aceptable para ser activa participante de actividades que acontecían fuera de la casa.

En el caso de las mujeres, esta temprana orientación religiosa parece haber tenido una significativa influencia en sus ulteriores orientaciones y compromisos políticos. Mujeres que habían asistido a escuelas religiosas en primaria y/o secundaria estuvieron notablemente más inclinadas a convertirse en combatientes que quienes

provenían de las escuelas públicas. La mitad de las mujeres que asistieron a escuelas religiosas pasaron a ser combatientes luego de matricularse en la universidad, mientras que sólo un tercio de las mujeres que asistieron a las escuelas públicas se hicieron combatientes posteriormente. En cuanto a combatientes hombres, no parece haber una virtual diferencia, en la proporción que participó, entre aquellos que asistieron a escuelas religiosas y los que asistieron a escuelas públicas.

Las matrículas universitarias en Nicaragua se incrementaron dramáticamente en los años 1960 y 1970, como generalmente pasó en toda Latinoamérica. De 1971-1972 a 1975-1976 las matrículas en las universidades nicaragüenses casi se duplicaron, de cerca de 8,202 a 15,462 (*Anuario Estadístico 1976-1977*). El incremento numérico parece inconsistente si consideramos que avanzados los '60 (alrededor de 1968) sólo el 1% de la población de edad universitaria estaba matriculada en las universidades (*Area Handbook on Nicaragua, 1970*). Aunque las universidades se hicieron accesibles para una escasa-mente más mayor proporción de la población, éstas siguieron siendo instituciones elitescas, pero, con esta expansión, las mujeres también compartieron el incremento en las matrículas. En 1970, cerca de un 27.3% de los estudiantes universitarios eran mujeres y para 1972, cerca del 34.5%.

Dentro de la universidad, el gobierno estudiantil y más generalmen-

te la actividad política estudiantil, estaba organizada de acuerdo a facultades y carreras. Cada facultad elegía su propia asociación representativa de estudiantes, con el Centro Universitario de la Universidad Nacional (CUUN) como el grupo central de la representación estudiantil. El Centro Universitario, por lo tanto, servía como una estructura organizativa formal para la organización de actividades y la distribución de información tanto de las facultades como de las actividades universitarias generales, revolucionarias o no.

En los '70, como ahora en los 90, estudiantes universitarios de cualquier carrera tomaban todas sus clases, incluyendo los cursos requeridos fuera de la carrera, con el mismo grupo de estudiantes que estaban en el mismo año de estudio y en la misma carrera. Esto continuaba a través de los 5 ó 6 años que duraba cada programa. Por lo tanto, dentro de un aula de clase no existía mezcla de estudiantes de una carrera con estudiantes de otra, y todos los estudiantes de un año dado toman juntos todas las mismas clases.

Como el Centro Universitario era la cara pública del movimiento revolucionario estudiantil, muchas de las redes informales tan importantes para creación de una semi-clandestina organización política-militar como el FER, también operaba a través de canales oficiales del movimiento estudiantil, organizado por facultades. Estas facultades, y por ende muchas formales e informales redes estratégica-

mente importantes, eran altamente segregadas por sexo. Entre las más grandes y más prestigiosas facultades universitarias —medicina, derecho y economía— estaban entre el 75 y 80% de los hombres. Así mismo, Medicina y Derecho eran las facultades que tenían la más alta representación dentro de los estudiantes hombres activistas y combatientes. Esto tiene que ver, al menos en parte, con la representación proporcional, con la orientación de servicio de estas facultades, con la efectividad de la asistencia médica y legal como un arma organizativa y con su uso para el movimiento.

A pesar de la segregada estructura formal de la representación estudiantil, las organizaciones revolucionarias que se formaron con la población estudiantil —quizás más notablemente las unidades guerrilleras— eran compartidas, y muchos de los tradicionales estereotipos en cuanto a género, fueron desafiados. Un ejemplo notable es que virtualmente la misma proporción de mujeres y hombres estudiantes universitarios activistas, entre el 40 y 45%, se unieron a la lucha armada, aunque más a menudo en la guerrilla urbana que en la guerrilla rural. La mayoría lo hizo mediante el abandono de sus estudios después de pocos años de haberse matriculado por primera vez en la universidad. Dentro de estas estructuras guerrilleras, las mujeres fueron activas a varios niveles en números significativos con la notable excepción del liderazgo, donde pocas mujeres alcanzaron

un lugar apropiado. Los hombres, sin embargo, parecen haber estado activos en cada nivel con la notable excepción de la preparación de comida donde su participación fue ciertamente baja.

En resumen, mujeres y hombres activistas universitarios, de alguna manera, siguieron distintos rumbos hacia formas similares de participación. Las mujeres se unieron a organizaciones más temprano que los hombres, típicamente a grupos cristianos revolucionarios. Este temprano involucramiento parece haber ejercido la mayor influencia en sus posteriores compromisos en la acción y orientaciones políticas. Estas mujeres jugaron un significativo rol en el reto a muchas de las concepciones tradicionales del apropiado papel de las mujeres y sentaron la base para un potencial cambio. Como Magda Enríquez (1985), una de las fundadoras de AMNLAE, expresó sobre la participación de las mujeres en el movimiento antisomocista: “Nosotras, como mujeres, aprendimos que éramos capaces de hacer.”

Sin embargo, existe una sustancial diferencia de género en como es percibida ahora la importancia de la participación de las mujeres en el movimiento antisomocista. Cuando pregunté acerca de la participación de las mujeres en el movimiento, a un hombre que fue un estudiante universitario activista en los años 70, y quien después del triunfo llegó a ser un cuadro del FSLN a un nivel intermedio, respondió que las mujeres fueron indispensables para el movimiento

“porque la lucha contra Somoza requirió de la mujer, como esposa, como compañera, como hermana, en la seguridad de los combatientes, como en las tareas vitales de correo y logística, que ellas fueron capaces de dar ánimos y, de alguna manera, como un ejemplo, ella tocaba al machismo latino.” Como otros han notado, la masiva participación de las mujeres en el movimiento no necesariamente produjo cambios estratégicos en las relaciones de género. Y como esta cita sugiere, la participación sin precedentes de las mujeres en el movimiento, en un período de crisis

nacional, no conllevó por sí misma a un cambio en la forma en que esta participación de las mujeres es reconstruida en la memoria popular.

Cualquier valoración del significado y potencial transformador de la masiva participación de las mujeres en el movimiento estudiantil nicaragüense, debe basarse no solamente en el período del movimiento mismo que condujo al derrocamiento de Somoza en Julio de 1979, sino también en el período siguiente, en las amplias direcciones que ha tomado el movimiento y en los cambios estructurales de la posición de las mujeres.

NOTAS

- ⁽¹⁾ Una versión revisada de una ponencia presentada en el Quinto Congreso Internacional e Interdisciplinario de las Mujeres, Universidad de Costa Rica--San José, Costa Rica, Febrero 22-26-1993. El financiamiento de este estudio fue dado por Fulbright Scholar Award y una Beca Escuela Rackhom par estudios de Postgrados

de la Universidad de Michigan (E.E.U.U.).

- ⁽²⁾ La traducción de este trabajo fue hecha por Patricia Morera quien participó en el Movimiento Estudiantil nicaragüense en los años 70. Además el equipo editor tuvo la necesidad de hacer algunas conexiones de estilo a la misma.

BIBLIOGRAFÍA

- ANUARIO ESTADISTICO, 1976-77. *Managua: Gobierno de Nicaragua.*
- AREA HANDBOOK ON NICARAGUA. 1970. *Washington, DC: Foreign Area Studies, American University.*
- CHINCHILLA, Norma Stoltz. 1983. *Women in Revolutionary Movements: the Case of Nica-*

ragua. Michigan State University Women in International Development Working Paper no.27.

- ENRÍQUEZ, Magda. 1985. *We Women Learned What We Were Capable of Doing.* Nicaragua: The Sandinista People's Revolution, Speeches by Sandinista Leaders.

- FLYNN, Patricia. 1980. *Women Challenge the Myth*. NACLA Report on the Americas. No. 14 (September - October).
- GAMSON, William. 1975. *The Strategy of Social Protest*. Homewood, IL: Dorsey Press.
- LOBAO, Linda. 1990. *Women in Revolutionary Movements: Changing Patterns of Latin American Guerrilla Struggle*. In WEST, Guida and BLUMBERG, Rhoda Lois (eds.) *Women and Social Protest*. New York: Oxford University Press, pp. 180-204.
- MCCARTHY, John and Mayer Zald. 1973. *The Trend of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization*. Morristown, NJ: General Learning Press.
- MCCARTHY, John and Mayer Zald. 1977. *Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory*. American Journal of Sociology. Vol.82, No. 6 (May), pp. 1212-1241.
- MOLYNEUX, Maxine. 1985. *Mobilization Without Emancipation? Women's Interests, the State, and Revolution in Nicaragua*. Feminist Studies 11 (Summer), pp. 227-254.
- RAMÍREZ-HORTON, Susan. 1982. *The Role of Women in the Nicaraguan Revolution*. In Thomas Walker (ed.) *Nicaragua in Revolution*. New York: Praeger.
- TILLY, Charles. 1978. *From Mobilization to Revolution*. Reading, Mass.: Addison-Wesley.
- VILAS, Carlos. 1984. *Perfiles de la Revolución Sandinista*. Habana: Casa de las Américas.

FERMENTUM

INFORMA:

Las Editoras de esta revista invitan a las (os) investigadoras (os) a participar en el número que sobre la temática género y sociedad en América Latina que se intenta publicar.

Este proyecto se realizará en la medida que se reciban artículos que cumplan con los requisitos exigidos por la revista. (**Ver instructivos para los colaboradores**)